

## EL MOTÍN

### PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.  
—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 10 céntimos.—Atrasado, 25.—Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

## EL FAVOR

Muchas y por extremo variadas son las causas que tienen reducida a España a su condición presente: miseria, ignorancia, rutina, indolencia, superstición. Pero si a analizar fuéramos cuál es la que entre esas causas patológicas descuellan, lo que constituye entre nosotros el vicio de los vicios, el mal de los males, el principio eficiente de nuestras desgracias y de nuestra degeneración, hallaríamos que no es otro sino el imperio absoluto, omnipotente, incontrastable, que aquí tiene eso que se llama el favor.

Nada tan natural y humano como el esforzarse por proteger y encumbrar a los suyos. Mas tan luego como esa parcialidad del afecto ó del interés llega a sobreponerse a toda consideración de justicia, el orden social se hace imposible. De cuantas dolencias morales pueden afectar a una sociedad, ninguna hay tan hondamente perturbadora.

El primer efecto de la soberanía del favor es el de amparar la ineptitud y postergar el mérito. Está ello en su naturaleza. Fija el merecimiento en sí propio; el demérito todo lo espera de las mercedes de la gracia. Ofenden al poderoso las justas altiveces del que con derecho reclama; balancean las humillaciones de quien solicita la misericordia. El mérito no agradece lo que en justicia se le debe; la incapacidad recibe con gratitud lo que sin razón se le concede. Cuanto más inmerecido es el don, mayor es la obligación del que lo recibe. Las grandes injusticias engendran las incondicionales adhesiones. El personaje más desatentado es siempre el mejor servido.

De aquí la exaltación de los móviles y de los sentimientos menos nobles: servilismo, bajeza en quien recibe la merced; soberbia, arrogancia en quien la otorga. De aquí la necesidad del padrino para medrar y aun para vivir. De aquí la adscripción de los cargos públicos a determinadas familias; la relación de subordinación personal, semejante en parte a la clientela romana, en parte a la jerarquía feudal; la yernoocracia, que hace del tálamo pedestal de engrandecimiento; el señorío de los hombres públicos sobre monarcas y provincias; el caciquismo corruptor, servil, tiránico y degradante, la más asquerosa de las plagas que ofrece a la vista nuestro estado social y político.

Donde la recompensa está dada de antemano a la bajeza y a la servidumbre, el trabajo carece de estímulo. ¿A qué esforzarse por mejorar? Con favor, la prosperidad vendrá a buscarnos a casa; sin él, jamás el merecimiento nos hará propia la fortuna. Da las actas, no la opinión, sino el gobierno; confiere ó quita los empleos, no la capacidad, sino el ministro; otorga las cátedras, no el estudio, sino el tribunal; procura las posiciones, no el valer, sino el amigo. Valiente estúpido será quien se esfuerce en merecer y servir allí donde todo lo alcanza el que no merece ni sirve!

La exaltación de los peores invierte los términos del orden social. Lo representante es inferior a lo representado. La selección se practica al revés. El triunfo de la lucha por la existencia corresponde a los más débiles. Los ricos valen, en tesis general, menos que los pobres; los grandes que los pequeños; los altos que los bajos; los poderosos que los desvalidos; los conocidos que los ignorados. Así se engendran los gobiernos detestables, las administraciones corruptas, las representaciones degradadas, las fortunas robadas, las influencias fútiles y las altas posiciones usurpadas. La sociedad contempla con asombro el espectáculo escandaloso de la elevación de los más malos y la miseria de los mejores.

En el juego natural de las influencias se establece, naturalmente, entre los poderosos un *duo ut des* inmoral, especie de torpe mercado en que se comercia con lo ajeno. Nadie da de balde ese influjo que constituye para el que lo tiene un verdadero patrimonio. Favor por favor; servicio por servicio; hoy por ti, mañana por mí. Todo a expensas públicas. De donde las complicidades políticas, los impuros compadrazgos, la farsa indigna de la vida pública, los partidos de devotos, los gobiernos de amigos, la adscripción de la conciencia a la voluntad ajena, el servicio que no cabe negar, la injusticia que no puede ser rehusada, la indignidad que no es posible dejar de cometer, el deber y el honor que es preciso sacrificar.

Como todo favor lleva necesariamente en sí una injusticia, la conciencia del dispensador de favores se embota a la larga y pierde con el tiempo el sentimiento de las susceptibilidades morales. La influencia que se emplea en pro de los amigos puede ser empleada en contra de los adversarios. Son cosas complementarias. El favor es hermano del disfraz, y la gracia aún de la desgracia. El poderoso se sirve entonces de

su influjo para aplastar al enemigo. La maza del poder público es en sus manos instrumento de sus venganzas y rencores. Quien tuvo la desdicha de incurrir en su enojo, vive bajo el peso de inexorable fatalidad. Militar, nunca asciende; juez, sufre traslados; empleado, queda cesante; pleiteante, pierde su proceso; sacerdote, se ve calumniado; comerciante, se arruina; contribuyente, paga el pato. La muerte ó la emigración son los únicos remedios para tamaña desventura.

Tales ejemplos repetidos debilitan en el espíritu de todos el culto del derecho y el sentimiento del deber. El mérito menospreciado pierde su estimación. La ley violada pierde su respeto. La sociedad es, según la expresión del poeta, «un desorden ordenado», el más funesto de los desórdenes. El amor de la patria, consentidora de tantas iniquidades, se amengua y desfallece. Un negro pesimismo invade las almas. El parasitismo, la empleomanía, la mendicidad sustituyen al trabajo honrado. Cada cual quiere vivir a costa de todos. Decaída la dignidad, la libertad es una palabra y una apariencia. Una degradación moral sin nombre se apodera del pueblo que ha ido perdiendo por grados la noción y el sentimiento de lo justo.

Ese favor que tales efectos produce, impera aquí en todas partes, de arriba abajo, en la extensión entera del orden social, en lo grande como en lo mínimo, desde los más arduos problemas de la gobernación del Estado hasta el acceso a un museo por papeletas de gracia. Y bien tocamos los efectos. El favor político hace de la representación parlamentaria una farsa indigna. Las larguezas graciosas han convertido al Estado en gran limosnero y producido la ruina de la Hacienda.

Por el favor tratan de nutrirse unos a expensas de otros los intereses encontrados. Por él pagan los que caen el impuesto de que se libran los que suben. Por él se juega a veces fraudulentamente en la Bolsa. El día y quita fortunas. El dicta leyes y las quebranta. El lleva a presidio la inocencia y garantiza la impunidad del delito. El hace y deshace, crea y destruye, exalta y humilla, engrandece ó denigra, triunfa, es irresponsable, omnipotente, señor de la razón y soberano de lo justo.

Mucho se engañaría quien atribuyera a nuestros tiempos la exclusión de ese mal. Antes al contrario, el despotismo del favor es la más indiscutible de las herencias de la tradición veneranda. Por eso, por arrancar de las lejanías del más remoto pasado, tiene tan hondas raíces en la conciencia nacional. Desde el mundo creado por arbitrio, la gracia divina otorgada ó rehusada porque sí, el milagro solicitado de la merced celeste, hasta el favor regio, que la impunes a los ineptos ministros de nuestros ineptos monarcas de otros días el título de *favoritos*, hay toda una concepción de la realidad que constituye la metafísica del favoritismo. Allí en las profundidades inconscientes del espíritu nacional, en esos abismos del alma en que la idea, tras una labor cien veces secular, acaba por incorporarse en el sentimiento y hacer un todo con el hombre mismo, por una especie de asimilación espiritual late la convicción irreflexiva de que el mundo es como es y las cosas son como son, no por virtud de una razón intrínseca en las cosas mismas, sino por obra y gracia de una libérrima determinación del albedrío. De esta concepción subjetiva del todo deriva el favoritismo, que no es otra cosa en sustancia sino la entronización de la soberanía absoluta del arbitrio, sobre toda norma, sobre toda la ley, sobre todo deber, sobre toda necesidad real; el *sic volo, sic jubeo, sit pro ratione voluntas*, fórmula en que se unen con indisoluble vínculo la avaricia y la tiranía, erigida como imperativo supremo de la realidad y de la vida.

No cabe esperar que ha de destruirse en un día lo que es obra lenta de los siglos. La difusión de la cultura; el sentimiento de lo justo; la responsabilidad que implica para los pueblos como para los hombres la libre dirección de los propios destinos; las lecciones durísimas de la experiencia; la información del pensamiento en el moderno sentido científico, restaurador en la conciencia humana de los fueros de la realidad, irán poco a poco desvaneciendo el error tradicional, no sin que antes de desaparecer por entero haya ya ocasionado a la patria terribles é irreparables quebrantos. Todo lo que tienda a encaminar en esa dirección el espíritu público, ha de ser tenido por provechoso. Cuanto conspire a resucitar las viejas preocupaciones debe ser estimado vitando. Despertar ó avivar en los espíritus el conocimiento y amor del derecho en que se fundan a la vez el orden verdadero y la libertad legítima, es nuestra única esperanza de salvación. Si eso no se logra, estamos perdidos.

ALFREDO CALDERÓN

## LOS QUE CAEN

Tres valerosos combatientes menos en poco más de un mes: *El Ideal* de Santiago, *La Democracia* de Logroño, y *El Demócrata* de Jerez de la Frontera. Y todos ellos, al desaparecer, han lanzado frases de amargura por el abandono en que los han tenido los correligionarios,

ó por la guerra sorda, solapada y cobarde que les han hecho.

El último, *El Demócrata*, comienza así su *Despedida*:

«Refocíense las beatas, entonces cánticos los mercados religiosos, embriéguese los anarquistas, banqueten los explotadores del pueblo. Este periódico, modesto puntal de las ideas libres y de progreso, defensor constante de lo justo y razonable, desaparece entre la falsía de los unos, la persecución indigna de los otros y la carencia de recursos para su sostenimiento.»

Habla á continuación de su campaña, consagrada á defender la República, combatir el fanatismo religioso, y trabajar con ahínco por la educación del elemento obrero, á pesar de lo cual sólo alcanzó, en la época de mayor apogeo, 200 suscripciones de los republicanos, y vendió unos 150 ejemplares entre los obreros, á mitad de precio. Y añade:

«Si los defensores del pueblo han explotado las masas en otras etapas, á nosotros nos ha explotado el pueblo. Cábenos el orgullo de decirlo.»

«Luchar así es imposible.

Agitándose en el vacío, con enemigos poderosos al frente y enemigos ínfimos, pero en crecido número al lado y á la espalda, no puede ser.

Antes de que nos ahoguen con su dinero los jesuitas, antes de que nos manchen con su baba los anarquistas, antes de que se refocilen los republicanos de nota con nuestra desgracia, antes de que las amarguras que hemos almacenado se derramen en odio ó desprecio al pueblo, y antes de que un acto innoble como el últimamente realizado por obreros de repartir papeles difamatorios, nos abra las puertas del presidio, nos retiramos á vivir de nuestro trabajo, en cualquier cosa menos en el periodismo.

Hemos cumplido nuestro deber; si nos quedara sitio para ser mártires continuaríamos; pero la sociedad presente no ahoga en sangre, asfixia en silencio.

En otra sección del último número, exclama *El Demócrata*:

«Se acabó la función.

Dieciséis meses de campaña han bastado para consumir 3.000 pesetas en instalación, déficit, etc., del director de esta publicación, después de trabajar gratis durante ese período de tiempo él y varios amigos.

Como ensayo, y para defender ideales, no está la cosa del todo mal, y se daría por bien empleado lo perdido, si á ese trago, que es un poco amargo, no fueran añadidos otros peores, como son las ingratitudes, mala voluntad y encono que con nosotros han empleado muchos de los mismos por quienes hemos luchado con ardor en nuestras columnas.

Dolorosa experiencia, que si bien no amortiguará en nuestra alma las convicciones democráticas, porque la pureza de los ideales no puede mancharse nunca con las impurezas de la realidad de la vida, nos servirá de norma para lo sucesivo, pues ya sabemos que para dedicarse á la causa del pueblo hay que dejarlo todo entre sus garras: la posición, los girones de la honra y hasta el pellejo, entregado el cual, es cuando se da por satisfecho el monstruo del cuarto estado... y cuando comprende su error.»

La indiferencia de los liberales, en todos sus matices, es mayor cada día; la de los republicanos supera á la de todos.

¿A dónde se puede ir así? ¿Estarán condenados á desaparecer todos los periódicos que francamente atacan al clericalismo y defienden la democracia? A la vergüenza de no tener los republicanos en Madrid un verdadero diario de batalla, ¿vamos á sumar la de que vayan desapareciendo todos los semanales que en España llenan esa misión?

Por muy mala posición que ocupe un republicano, ¿cómo no ha de poder dedicar al mes dos reales para suscribirse á un periódico de su partido?

Y hasta pudiéramos pasar porque no se suscribieran, con tal de que los de más significación no apelasen á medios reprobados para matar los periódicos.

¿A qué se aspira? ¿A dónde se va? ¿Hay empeño en que enmudezcan todos los que hablan alto y claro, los que atacan al clericalismo especialmente? Porque es digno de fijar la atención el hecho: periódico que despunta por aquí, tiene asegurada su muerte en plazo más ó menos corto. No parece sino que de las sacristías sale la consigna que cumplen al pie de la letra los republicanos del Corazón de Jesús.

Cada periódico independiente que cae, es una batalla ganada por el clericalismo con la ayuda de los republicanos indiferentes y de los que sirven á la reacción.

¿Ganará ésta todas las batallas? ¿Caeremos todos?

Esto me pregunto desde hace algún tiempo, revelándome ante la idea, pero acabando alguna vez por exclamar:

¡Triste cosa será, pero posible!

JOSÉ NAKENS

## PINITOS RIDÍCULOS

Los señores que compran y venden han vuelto á asomar la cabeza, impertérritos en su afán de regenerarnos.

Ahora no hablan ya mal de todos los políticos, sino de los malos, perogrullada risible. ¿Quién no dice lo mismo?

Desengáñense y ¡a sus zapatos! Si el país se ocupó de ellos durante unos meses, fué porque anunciaron que no pagarían los impuestos. ¿Pagaron? Pues murieron.

Si ahora, en la perspectiva de unas elecciones probables, vuelven á agitarse, no por esto crean que resucitan. ¿Quién va á fiarse de lo que hoy ofrezcan, sabiendo que al menor asomo de peligro se olvidarán de sus promesas y escaparán valerosamente como hicieron ayer?

La opinión se pone siempre de parte de aquellos que virilmente la agitan, á reserva de despreciarlos sino responden á lo que de ellos esperaba. Y en este caso están los que compran y venden.

No se formen ilusiones. Perdiéron la ocasión de imponerse, y sólo les queda un papel que desmenuen: el de comparsas. El mismo que tenían.

## DON BULLE BULLE

Ha llegado á Madrid Romero Robledo, y con tal motivo *El Pato*, como de costumbre, trata de arrimar á su sardina el ascuá republicana.

No, batallador colega, no; los republicanos no están con Romero Robledo, el que á su vez tampoco se confunde con los republicanos. Se le aproximará alguno, pero nada más.

En vista de la torpeza ó ineptitud de nuestros jefes. El Motín fué el primero que lanzó esta frase: «La República, con el que la traigan»; pero de esto, á formarle el coro á todo el que, para fines monárquicos, jale á los republicanos, hay distancia inmensa. No debemos rechazar á nadie, pero tampoco hacerle el juego á ninguno.

Los republicanos podremos aplaudir en alguna ocasión á Romero por su actitud valiente, que tanto contrasta con la cobardía de nuestros jefes. ¿Pero confiar en él? No. De todos los monárquicos, él ha sido el que ha impreso más carácter á la restauración.

Esto no obstante, si él lo atrevesase todo por demostrarnos que estaba resuelta y definitivamente á nuestro lado, quizá, quizá se borriaran ciertos recuerdos; pero ayudarle para que él haga de coco en altas regiones, esto sería cándido.

Así, entre, salga, bulla, amenace, conferencia, á nosotros, ¿qué?

El atiende á su juego; atendamos nosotros al nuestro.

Y no nos preocupemos de otra cosa.

## UNA COSA ES PREDICAR...

### CUENTO

El señor obispo estaba girando la visita pastoral.

Por todos los pueblos de la diócesis iba derramando pródigoamente, con caridad cristiana, el pan de la gracia espiritual.

¡Qué bondad la de S. I. ! ¡Qué dulces palabras de consuelo salían de sus labios para aliviar las penas de los desgraciados!

No había cura que le refiriera un pecador contrito para la que no tuviese una máxima evangélica y una frase bondadosa de perdón.

No veía una desgracia, una miseria que dejara sin remediar con una grata promesa.

—Conservad, hijos míos—decía—el amor á nuestra sacrosanta religión, que para todos los males, contrariedades y desdichas de esta misera existencia transitoria ofrece consuelos; la esperanza en Dios, bueno, justo y misericordioso que vela constantemente por sus criaturas, y les promete goces inefables, bienaventuranzas eternas para la otra vida celestial en compensación á las tribulaciones de esta terrena. Sobre todo la fe. Conservad, hijos míos, vuestras creencias; la fe en Dios que todo lo puede, sin cuya divina voluntad no se mueve la hoja del árbol; la fe en la religión que os fortalece y consuela; la fe en la Iglesia cuyos sufrimientos os allanan el camino que conduce á la vida perdurable, á la eterna paz; la fe en los sacerdotes que piden al cielo por vosotros, que os perdonan vuestras culpas aquí abajo, que con sus oraciones, plegarias y santas prácticas predisponen en vuestro favor al Eterno para que deponga sus justas iras cuando vuestros pecados le tienen irritado y para que atienda á todas vuestras necesidades y vele por vuestra salud y por vuestros bienes. Tened muy presente que los males y las desdichas, Dios las envía para templar vuestro ánimo, para probar vuestra fe. ¡Oh! La fe, hijos míos, no la perdáis nunca; ella es vuestro consuelo, la que os dará fortaleza, la que os conducirá á la tierra de promisión. Si, conservad la fe como la más importante, la más necesaria de las virtudes teológicas; por eso es la primera, la que más recomienda la Santa Madre Iglesia, la que todo buen católico debe tener siempre presente, sin olvidarla jamás, sin dudar ni vacilaciones, en todas las contrariedades, desgracias y situaciones críticas de la vida.

Daba gusto oír explicarse así al buen obispo. ¿Cuántas esperanzas próximas á desvanecerse, cuántas creencias casi perdidas renimó y avivó con su elocuencia inspirada en la fe!

—¡Hermosa propaganda está haciendo S. I. !—decían sus acompañantes entusiasmados—¡Qué

elocuencia, qué unción evangélica, qué firmeza en las creencias, qué fe tan sincera!

La visita pastoral terminó. El buen obispo, cansado de tan larga excursión por esos pueblos de difíciles comunicaciones, modificado de tantos días de viajes unas veces en tren, otras en diligencias y en caballerías, volvió á su palacio episcopal.

Reposó la primera noche en su cómodo lecho y al día siguiente sintióse algo indispuerto; le dolían las articulaciones y la cabeza. No obstante se levantó.

—Me siento mal—le dijo á su familiar.

—Señor, se ha dado S. I. muy malos ratos en la visita pastoral; ha pasado malas noches, pero... ¡qué hermosa y elocuente propaganda la que ha hecho S. I. de nuestra santa fe!

—Tengo una jaqueca atroz; la cabeza se me parte.

—¡Jesús, señor!... ¡Qué desgracia! Voy á disponer que todas las misas de hoy se apliquen á pedir al Altísimo por la preciosa salud de S. I.

—Si; pero hágame el favor de mandar también que me traigan unas píldoras de antipirina.

El familiar salió. S. I. llamó á un paje y se hizo conducir otra vez á su lecho. Se acostó.

Volvió el familiar diciéndole que en todas las misas del día se pediría á Dios por su salud.

—¿Y las píldoras?

—Aquí están.

—Muy bien, muy bien—dijo el prelado tragándose una.

Por la tarde tenía calentura; tanta, que el secretario se alarmó y le dijo:

—Señor, dispondré que S. D. M. quede de manifiesto en la catedral y en las parroquias hasta que S. I. se mejore.

—Si; si; pero oiga: unos papeletos de quinina... que los preparen bien, que sea fresca.

La noche la pasó intranquilo. Al día siguiente estaba peor.

Su edad avanzada, su obesidad extraordinaria, su temperamento sanguíneo inspiraban temores de una apoplejía.

El familiar, al verla en tal estado, le dijo todo compungido y medio lloroso:

—Señor, dará orden para que en todas las iglesias de la diócesis se hagan solemnes regatillas.

—Si; si; pero un médico, avise también á un médico.

El Galeno á quien se llamó era un señor muy beatito, que se asustó y no se atrevió á administrar sus pecadores ríscos al enfermo. Llamó á otros colegas á consulta y se pasaron la noche delirando.

—¿Qué dicen los doctores?—preguntaba el prelado á su familiar á la mañana siguiente.

—Señor, no se acaban de poner de acuerdo; hablan por los codos una jerga que yo no entiendo; pero disculde S. I.; á estas horas quinientos sacerdotes elevan al cielo sus plegarias por la preciosa salud de S. I.

—Si; si; pero esos médicos...

—No acaban de resolver nada.

—Y yo me siento cada vez peor... ¡Esta cabeza!

—Oye S. I. las campanas de la ciudad cómo unen su voz metálica á las plegarias del clero y los fieles que piden?

—Si oigo; pero diga: ¿no hay aquí, en la población, un médico que es una notabilidad?

—¿Quién?

—Ese que es catedrático; el que vino de Madrid...

—¿Señor... ¿ese republicano, librepensador, ateo, hereje, excomulgado?...

—Bien, bien; pero pague el señor; dicen que hace curas maravillosas, que es un sabio...

—Eso lo dicen los periódicos tan herejes y ateos como él. Dios no permitirá que la vida de un ilustre ministro suyo, de un santo varón, de un creyente tan fervoroso como S. I., corra peligro alguno...

—Sin embargo, no estaría demás ese médico...

¡Jesús, que cabeza esta! Déme la antipirina. Gracias... Dios me perdone, pero creo que me molesta el ruido de esas campanas... Le agradezco mucho su religioso celo por mí y que haya dispuesto todo lo que la Iglesia, el clero y los fieles hacen por mi salud; Dios se lo pague y recompense á usted y á ellos; pero... ¡qué vayan, que vayan en seguida á buscar ese médico!

JOSÉ CINTORA

Los que niegan la influencia de las órdenes religiosas en la moral y las buenas costumbres de los pueblos, que se fijen en los muchos robos, asesinatos, estupros, incendios y demás crímenes que se cometen hoy en España.

A su constante propaganda y á sus buenos ejemplos se deben indudablemente tan maravillosos resultados, y nada más justo que reconocerlo y aplaudirlo.

## La democracia mística

¡Qué hermosa alma tienen los periódicos democráticos y liberales de gran circulación!

El *Heraldo de Madrid*, al que curas y frailes hacen guerra constante é insidiosa en el púlpito y el confesonario, echa las campanas á vuelo por que las Hermanas de la Caridad se han posesionado por fin de la Cárcel de mujeres, quitando así el pan á las honradas madres de familia que desempeñaban las plazas que las Santas Teresas de estropajo han ocupado.

Aun cuando tal vez no haya elogiado el cambio por bondad ni por grandeza de alma, sino por imposición del administrador, que es quien manda autocráticamente en los periódicos de empresa.

Y en este caso, habría que disculpar al periódico;

que una cosa es la verdad y el negocio es otra cosa.

Siguiendo por este camino, habrá que dar la voz de alerta á los empleados en

Penales; por que si la sustitución (de madres de familia por hermanas en la cárcel de mujeres) responde a los buenos deseos que la han informado (palabras del *Heraldo*) no tardará en publicarse otro decreto mandando que sean sustituidos los empleados en las Cárcels de hombres, por los pobrecitos frailes venidos de Filipinas, que sólo han podido traerse unos centenares de millones, y que, por lo tanto, no pueden alimentarse.

Y será medida equitativa; por que si los empleados y sus familias se quedan sin comer, en cambio los presos serán peor tratados.

Y váyase lo uno por lo otro.

## Polizontes de Loyola

Leo que todos o casi todos los secretarios particulares de los altos empleados, de ministro abajo, son Luises, unos salidos de redacción de un periódico liberal, donde abundan, y otros de los centros jesuíticos; y que esto constituye una imposición de los jesuitas, aceptada aunque a regañadientes por Silvela y por Dato.

Y también leo que, habiendo hecho reparos algunos personajes, poco dispuestos a desprenderse de sus respectivos secretarios particulares, en quienes tienen la confianza que jamás inspirará a un agente de los jesuitas, se les ha dicho que continúen sirviéndose de aquellos secretarios de hecho, pero que acepten a los Luises como tales secretarios particulares esenciales.

Se comprende perfectamente lo que los jesuitas buscan con esto. Lo que no se explica, es que las autoridades se resignen a tener a su lado un polizonte relativamente ilustrado, que dará a la Compañía cuenta diaria de cuanto digan y hagan.

Aunque, allá ellos. Sufrir ciertas imposiciones, es merecerlas.

J. H. S.

### EL ANARQUISMO

2.º

¡HAY QUE ARRANCAR LA CARETA AL ANARQUISMO! Y esta santa misión corresponde a la prensa nacional, a la prensa democrática.

No cabe en cabezas medianamente organizadas, que pobres jornaleros, pobres artistas, fallos de instrucción y de recursos, se organicen, sostengan club con relaciones internacionales, pierdan el trabajo y las horas de descanso para asistir a reuniones, y traten en ellas asuntos tan peligrosos y tan distantes de su inmediato interés. Y sobre todo, los crecidos gastos de viajes, las diferencias de idiomas y la adquisición de documentos falsos. Todo, todo por darse el gusto de asesinar a un jefe de Estado, verse en la horca, dejar viuda a su mujer, huérfanos a sus hijos, y hacer popular su obscuro nombre por espacio de una semana.

Esto no es admisible más que tratándose de locos; y los locos no pueden formar asociaciones de tanta monta, porque se oponen a ello sus perturbadas facultades mentales.

Hombres cuerdos y de valor, como lo son los activos anarquistas, no arrostran tantas molestias y tantos peligros, sin el trasiego de la recompensa. De dónde sale ésta, es lo que hay que exponer al público, y desenmascarar a los directores.

—No se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios—dice el rito católico, apostólico, romano, fundamento algo elástico, pues, según él, sólo Dios es responsable de lo malo, y a Él debemos todo lo bueno. Al individuo mortal no alcanza, por tanto, ni recompensa ni castigo.

Pero los que vemos en Dios más alteza de miras, debemos buscar, cuando ocurre un asesinato, la pista del móvil, el interés directo, el motor del impulso, y, en último lugar, el ejecutor.

—¿Quiénes eran los enemigos de Prim?—Los monárquicos católicos, los monárquicos reaccionarios. Los republicanos no podían serlo, porque en nada les había perjudicado; antes bien les tendía un puente para que llegasen a su objetivo sin peligro de naufragar.

Y, sin embargo, aquel cobarde asesinato, en que fué muerta la joven democracia española, se cargó en cuenta a la República, porque tres de los cuatro ejecutores se apellidaban a sí mismos republicanos, para mejor realizar sus propósitos y despistar la opinión.

Aún no se ha fallado tan célebre causa, y los inspiradores y ejecutores permanecen en las sombras del misterio. Recordemos el hecho, y poco importa que los asesinos fuesen matuteros ó diputadas, y que se apellidasen, por ejemplo, Romero, Angulo, Guisasaola, Ortega... o Rodríguez, ó González, que para el caso es igual.

No era popular todavía en España el anarquismo, y por eso no se le aplicó al asesinato de Prim, ni al frustrado del rey Amadeo.

—¿Quiénes eran los enemigos de Carnot en Francia?—Los monárquicos católicos.

—¿Quiénes son los enemigos de la monarquía italiana?—Los católicos, los papistas, que trabajan con todas sus fuerzas por una república, bajo la inspiración del Papa, como primer paso para la restauración de las antiguas monarquías, y sobre todo del poder temporal, con la ayuda de los católicos franceses y españoles.

—¿Quiénes son enemigos del teatro, de las Cortes, de los cafés y de los jardines públicos?—El clero y las comunidades.

Pues entre esos enemigos hay que buscar a los asesinos de Prim, de Carnot, de Humberto, del Congreso y café en París y del teatro y paseo de Barcelona.

El anarquismo no es cosa nueva, ni fruto de la democracia; es hijo del catolicismo, y sólo fructifica y se cultiva en los países católicos.

En tiempos pasados se fraguaban los crímenes en los conventos y sacristías, y los frailes, curas y sacristanes ejecutaban los acuerdos. Hoy, debido al progreso, se ha organizado laicemente, aunque los inspiradores son los mismos. A sus clubs se acude cuando estorba algún hombre de Estado más o menos liberal, y se alquila al asesino como se alquila un caballo de silla. Hoy el golpe es más certero, la academia está mejor montada y subsistirá mientras exista el papado.

Recordemos el pasado para justificar el presente.

La noche de 22 de Agosto de 1572 salió del palacio real de Francia, después de jugar al tresillo con el rey Carlos 9.º, el Almirante Coligny, jefe del partido democrático, y a pocos pasos de la residencia real recibió un trabuazo que le destrozó medio cuerpo. Montó el rey en cólera y juró ante el cuerpo diplomático que haría un castigo ejemplar con el asesino, ó asesinos, (anarquistas). Temieron los investigadores, y la madre del rey se presentó a éste con su alta servidumbre, sus consetores y predicadores, y le dijo:

—Soy la presidenta de la Liga Santa: por la voluntad de Su Santidad, la muerte del Almirante, primera de la serie que ha de seguirle, ha sido decretada por mí: A MISA Ó A LA HOGUERA, es nuestro lema.

Bajó el rey la cabeza y se generalizó la matanza de liberales, nominados entonces hugonotes, siendo asesinados más de 60.000 por los anarquistas católicos. La matanza fué celebrada en Roma con 101 cañonazos, iluminaciones, *Te Deum* y repique general.

El 1.º de Septiembre de 1589, el fraile Jaime Clemente pide audiencia a Enrique 3.º—¿Quiénes os envía?—pregunta el monarca—¿El cielo!—contestó el fraile jesuita. El rey se arrojó, el fraile le bendice y le presenta un rollo de papeles, asestandole al propio tiempo tan terrible puñalada, que le atravesó de parte a parte.

En 1593 fué ahorcado el novicio jesuita Barriere, por atentado contra Enrique 4.º En 1594 fué también ahorcado, por la misma causa, Juan Chatelet, novicio de la misma orden. Y su profesor, el fraile jesuita Juan Guinard, ahorcado, descuartizado, quemado y arrojado al Sena. El jesuita Juan Gueret, confesor de Chatel, fué ahorcado, el convento de Clermont destruido y la comunidad expulsada.

En Mayo de 1610, Francisco Ravallac, maestro de escuela católico, subió al coche de Enrique 4.º y lo dejó cadáver de dos puñaladas. Al día siguiente, una comisión de frailes jesuitas, presidida por Coton, confesor del monarca, reclamó de la reina el corazón de Enrique; un cirujano lo extrajo y solemnemente fué entregado a los jesuitas.

En 1584 el dominico Antonio Termidor, y Gerard, novicio jesuita, fueron descuartizados como asesinos del príncipe de Orange.

En 1605 el fraile jesuita Carnet, y doce más, fueron ahorcados en Londres, por intentar volar el Congreso, en cuyas bóvedas habían colocado entre carbón 80 barriles de pólvora.

¿Es, ó no es católico el anarquismo?

MERCURIO

Nada menos que al diablo, con el rabo y cuernos de rúbrica, han visto hace pocas noches algunos vecinos de Cartajena, paseando por las calles, subiendo a los tejados, encaramándose a las veletas...

¿Pero esto es ya un pueblo a medio civilizar, ó una tribu salvaje?

Si continuamos así, habrá que declararse loco, para tener derecho a ingresar en un manicomio y ver si en él encontramos una pizca de sentido común.

Desgraciado país, presa de tres miserias: la material, la intelectual y la moral!

## La piadosa Inquisición

EL CLERIGO MONTES

En la visita que el inquisidor don Hernando de Montoya hizo en el obispado de Mondoñedo el año 1586, entre otros delatores que recibió, estando en Puentevedume después de publicados los edictos y censuras, fué uno el contador del conde de Lemos, Gregorio Carnero, familiar del Santo Oficio, residente en dicha villa, el cual dijo: «que había nn año que tenía noticia,—textual—que un fulano Montes hacía cerros y sacaba demonios y los invocaba; escribía nóminas y tenía libros de hechicería de donde las tomaba, según era público y notorio; y que aunque (el tal Carnero) le había advertido no hiciese aquellas cosas ó le delataría, aún continuaba en ello».

Escrita esta delación procedióse por el Doctor Montoya y el familiar Carnero, parte y justicia a un mismo tiempo, y acompañados con el alguacil mayor de Puentevedume, a prender al clérigo Montes, y «habiéndolo ido una noche a su casa no le hallaron en ella».

La Inquisición registró la casa y prendió a las demás personas que la habitaban, apoderándose de los objetos que había dejado el reo en su aposento, que eran «unas calzas de gamuza, y un cofrecillo pequeño». Dentro de las calzas halláronse cuatro varillas de un pie de largo con ciertas letras y gorgílicos ininteligibles, y unos papeles en folios manuscritos.

Su causa se continuó en el Santo Oficio, pero no se supo más de Montes. Entonces aún era fácil el huir.

De estos sacerdotes que escriben nóminas para varias enfermedades, leen evangelios a los niños raquíticos, hacen traer prendas para bendecir, regalan velas benditas, exorcizan endemoniados, curan la rabia ó hidrofobia y se presentan a ejecutar las farsas acumuladas en el libro famoso de *San Ciprian*, hay muchos actualmente en toda Galicia.

Pocos años há, que un fraile exclaustrado de San Martín *echaba las cartas* en consulta al público en la calle de Pombal en Santiago; y otro exfraile, en Cojaio, daba *reliquias* y leía evangelios a los niños enfermos, de la *aristocracia santiaguesa*. No nos sería difícil nombrar a los sucesores de estos buenos ministros del Dios de sabiduría, los cuales tienen en la actualidad su casa llena continuamente de pobres gentes campesinas a quienes engañan timándoles el dinero; pero ni aun ahora que carecemos de Inquisición dejaremos de aborrecer a los delatores.

Ya que las autoridades no vigilan, intruyamos nosotros a las masas y pongamos en

todos los pueblos médicos idóneos y prudentes, bien retribuidos, para el servicio gratuito de los pobres.

Con esto se hará luz, se acabarán poco a poco evangelios, piedras de ara, nóminas y reliquias; se apagarán las lamparillas encendidas a los santos y se abrirán laboratorios; no se colgarán de las paredes de los templos piernas, cabezas, brazos, pechos y muñecos de cera, pero se alentarán con aquel dinero a la ciencia y no se hallará la salud por casualidad ni por milagro.

BERNARDO BARREIRO DE W.

«Hace unos ocho días, escribe un vecino de Almansa, una señora de esta población, honradísima por cierto, recibió una carta de un fraile en la que le decía:

«Que necesitando una mujer que le arreglara y limpiase la ropa, se había fijado en ella porque comprendía que era la única para él que podía llenar estos fines: que en el momento leyese su carta podía pasar al convento, pues el portero le dejaría la entrada libre, y los dos solos se entenderían».

Como la carta contenía además alguna frase amorosa, hay para pensar—siquiera para pensar—que más que la limpieza de la ropa, el fondo de ella encerraba algo grave, gravísimo, que afectaba desde luego a la honra de una mujer».

Lo que no indica la carta es la resolución que ha tomado el esposo de la señora ofendida, y si continúa permitiéndole asistir a las ceremonias religiosas.

Porque si se lo permite, francamente, no se me ocurre nada que decir en el asunto. No voy a ser yo más papista que el papa.

## MINUTA

A esa juventud inteligente, activa, enérgica, que quiere vivir, no vegetar, y a quien no arredra la lucha, se le ofrecen dos caminos harto diferentes. Comienza el uno en la abdicación de todas las ideas generosas que siente hervir en su espíritu, y conduce a la gloria y al éxito. El otro, fiel a esas mismas ideas, lleva las más veces a la oscuridad y casi siempre al infortunio. ¡Y ha de elegir entre ambos!

Nuestra sociedad—ha dicho un pensador—no estima y alaba sino a los que medran; y si algo respeta, aun las virtudes, es porque ve en ellas otros tantos medios de prosperar... Quisiera saber si para el que carece de fortuna hay manera honrada de abrirse camino en un país en que todo se vende; necesita intrigar, lisonjear a un partido, ganarse protectores y encomiastas; y para esto, tener mala fe, corromper, adular, compartir las pasiones ajenas;... desviarse, en fin, del camino recto. He visto, cierto, a hombres de todas las clases y estados elevarse a encumbradas posiciones; pero me atrevo a decir públicamente que cualesquiera que hayan sido los elogios prodigados a sus prendas, y por más que en determinados casos los mereciesen, no he visto subir a los más honrados sino a expensas de algunas de sus virtudes.

Dura ley es para la juventud haber de optar entre el mérito y la recompensa, frecuentemente divorciados todavía por la injusticia de la sociedad... Se comprende sin dificultad que el camino del sacrificio sólo a costa de inmensos esfuerzos logre la preferencia de nuestra juventud. No ha sido educada para el Calvario, sino para el Capitolio.

GINER DE LOS RIOS

## Crónicas contemporáneas

PATRAÑAS POPULARES

Puede definirse cualquier lugar de Castilla diciendo que es un conjunto de casuchas de adobes agrupadas en derredor de una pobre y destituida iglesia. «Quien ha visto Frades—dicen por aquí—ha visto los demás lugares.» Es verdad; estos pueblos tienen entre sí asombrosa semejanza: en todos ellos las mismas viviendas, en cuyo interior cualquier hombre de mediana estatura puede tocar el cielo, no raso, con las manos; las mismas *tenadas* ó cobertizos cubiertos de ramaje de encina ó de roble; las mismas callejuelas tortuosas, llenas de altibajos, que, cuando llueve, forman intrasitables barrizales; los mismos montones de basura escarbada por pollos y gallinas y hozada por cerdos...; y, lo que es aún menos agradable, las mismas intrigas y los mismos cuentos y chismes.

En las pocas horas que estuve en el pueblo de B... se me contó que el alcalde es un zoquete, que no se cuida de la alcaldía más que para *aparentar* (darse tono); que el secretario es un pilla, que llegó a B... hace poco más de tres años, sin zapatos, y que ahora posee su buena casa, sus buenas tierras y su buena yegua; que el médico es un malatraso, que no sirve para descalar a la tía *Emplastos*, la curandera; que el cura, «más vale callar»; que la maestra es una señorítinga que «tiene que ver» con Celipin, un holgazán que dejó por torpe la carrera de veterinario, y que el maestro, más que de enseñar a los chicos, se cuida de *templarse* mañana y tarde con el vino que vende el tabernero Sisas, el cual echa en sus tinajas sapos y culebras.

A juzgar, pues, por lo que me contaba el tío Terrones, en cuya casa tuve el honor de pasar cinco horas del último domingo, el pueblo de B... justifica lo exacto de aquel conocido cuento: «—¿dígale usted, niño, ¿qué es el infierno?—Un lugar...—Está bien, no pase usted adelante».

Bueno; pues el tío Terrones es un ricachón que no se dejará ahorcar por 3.500 fanegas de trigo al año, unas treinta y cinco mil pesetas de renta, gordo como cualquiera de sus 16 buyes, de los cuales no hay ninguno cuyo peso baje de 25 arro-

bas, con más gramática parda que el propio Lepe y con una filosofía positivista que puede resumirse en esta sencilla sentencia: «De la panza sale la danza».

Hay que advertir que el tío Terrones es uno de los prohombres de B... Ha sido juez municipal, ha ejercido varias veces el cargo de jurado en la audiencia de Salamanca y es una potencia en punto a elecciones.

Durante la espléndida comida con que me obsequió este rústico personaje, hubo de referirme un suceso de actualidad, que vale la pena de ser contado y que prueba el nivel de cultura que alcanzan los pueblos de por acá.

—Aquí—me dijo el tío Terrones—anda la gente muy aborrotada por eso de la princesa...

—¿Qué princesa?—le pregunté yo.

—¿No ha oído usted nada? Pues si no se suena otra cosa por todas partes.

—¿Qué es ello?

—Verá usted. Dicen que ha venido a la ciudad una señora de Madrid... Puede que usted la conozca... Creo que es princesa ó duquesa... en fin, cosa muy principal y la mar de rica. Bueno, pues esa señora empezó a ponerse flaca y a perder la color, hasta que al fin y a la postre se quedó lo mismo que una paja larga. La han llevado a todas las ciudades más grandes, hasta a París de Francia, para que la vieran los mejores médicos... y nada; que si cataplasmas, que si purgas, que si esto, que si lo otro; pero como si no: la buena señora cada vez más flaca y más *espirita*... Al cabo un médico muy nombrado la vió y le dijo: «—Lo que necesita esta señora es bañarse en sangre humana».

—¿Qué barbaridad!

—Eso digo yo...

—¿Y como se surte esa señora de sangre?

—Toma, cuando hay dímero de largo!... Unos hombres vestidos de frailes van por los pueblos, y al chillido que encuentran *desapartado* de sus padres lo cogen... y ya puede usted suponer...

—¿Y usted cree en semejantes patrañas?

—Yo, como creíalas... Y eso que cuando el río suena...

—Mire usted lo que pasó, el otro día en Arapiles (1).

—¿Qué pasó?

—Pues que fueron allí unos frailes carmelitas... y como—los que andan a la caza de chicos para eso de la sangre se visten, como le decía a usted, de frailes, a fin de engañar mejor a los muchachos, —enquanto que los vieron los vecinos de Arapiles salieron mujeres y hombres con palos y escopetas, y quisieron que no quisieran los llevaron al Ayuntamiento, muy decididos a acabar con ellos si se confirmaba que eran los ladrones de las criaturas.

Los frailes decían que nada tenían que ver con los mata niños, y pedían por Dios y por la Virgen que no los maltratasen; pero quizás lo habrían pasado muy mal si el cura del pueblo no hubiera llevado a los asustados religiosos a la iglesia, y haciendo entrar en ella también a los vecinos, no les hubiese dicho las cosas que les dijo...

En fin, que los frailes salieron vivos de Arapiles; pero tengo para mí que más de uno y más de dos de los vecinos del pueblo se quedaron poco conformes con no haberles dado, por si acaso, un pie de palza.

—¿Y usted que opina de todo eso, tío Terrones?

—Pues, como soy ya viejo y he visto mucho, la verdad, estoy algo escamado.

—Esas son mentiras.

—Puede que lo sean; pero también decían que era mentira lo que sucedió cuando andaban haciendo la línea férrea.

—¿Qué sucedió entonces?

—Pues que cogían los chicos y les sacaban las mantecas para untar las ruedas del tren.

—¿Y eso lo vió usted?

—Yo no; pero pregúnteselo usted al saluador.

—¡El saluador!

—Sí, el tío *Palas*, que cura la rabia con saliva; y lo mismo le dirá a usted la tía *Lechusa*, una vieja que hace mal de ojo; y la tía *Emplastos*, la curandera, que levanta la espinilla a las mozas.

Considere usted si va a mentir toda esa gente que es la más avispada é instruida del pueblo.

Y el tío Terrones afirmaba todas estas cosas con el mismo convencimiento con que aseguraba Sancho Panza haber estado entreteniéndose en el cielo con las *siele cabrillas*.

Después de esto, quizás habrá quien ponga todavía en duda aquello de «Voz del pueblo, voz de Dios».

ZEDA

Salamanca, Agosto 1900

Algunos catalanistas se proponen conmemorar el aniversario de la pérdida de las libertades catalanas arrebatadas por el rey butxí Felipe V, como le llaman, celebrando misas en diferentes iglesias. Esto no es ya asomar la punta de una oreja: es sacar al aire las dos, y ¡viva don Carlos!

## Pequeñeces y niñerías

Se distinguía tanto el hermano Honorato (Juan Antonio Soulier) por su amor a los niños de la escuela congregacionista de Saint Jude Nevers, que los tribunales de Nievre lo han condenado a trabajos forzados a perpetuidad.

Por la misma causa ha sido condenado a dos años de prisión el hermano marista Luis Coep, profesor de la escuela católica de Esquermes (Lille).

Por igual afición ha sido condenado en París a otros dos años de lo mismo un hermano de la Doctrina Cristiana del barrio de Palasau.

Un cura de Trouville ha sido condenado a prisión por haber administrado, dice la prensa timorata, «correcciones equivocadas a tiernas niñas».

La gendarmería de Gênevê detuvo en un urinario de la estación de Cornavin al clérigo F. D. en compañía de un joven llamado Alfonso Z., ingresando ambos en la cárcel de Saint Antoine.

Cubalion, cura de Aurières, ha sido condenado en apelación por el tribunal correccional de Clermont a trabajos forzados, por brutalidades cometidas con una anciana llamada Maria Fournier.

(1) Rigurosamente exacto.

Un hermano de la Escuela de Gramont, enterado de que el juez deseaba ponerse al habla con él a causa de unas niñerías, desapareció prudentemente.

Luciano Blandel, de 37 años de edad, cura de Heugon, ha sido condenado a diez años de trabajos forzados por el tribunal del Orne, «por la manera particular que tenía de preparar las niñas para la primera comunión».

El tribunal de la Vendée acaba de condenar al cura Blanchet, capellán de la Chapelle-Hermier, a tres años de prisión, por atentar al pudor de varias niñas.

En la causa han declarado 19 testigos de cargo, evidenciando que, aparte de otros atentados cometidos en 1891 y 1892 sobre niños de uno y otro sexo, hacia fines de 1899 retuvo en la iglesia a la niña Bert-Tisson, de siete años de edad, y...

De una correspondencia que desde Sirán (Hérault) dirigen a *La Dépêche de Toulouse*:

«Sabemos de buen origen que por tercera vez en quince días, se han descubierto en la demolición del presbiterio, que se está efectuando, esqueletos de recién nacidos».

El asunto del orfelinato congregacionista agrícola de Saint-Genest Lerpt, dirigido por dos sacerdotes, toma grandes proporciones y causa viva emoción en la región.

Por orden del tribunal azaban de practicarse doce nuevas detenciones.

Si no hubiera huído como un héroe, habría ingresado en la cárcel el hermano Longils, maestro de párvulos en la Escuela Cristiana de Beziers.

Por cierto que telegrafiaron de París al saber su fuga:

«Probablemente se habrá refugiado en España, cuyas autoridades no castigan jamás a los clérigos».

Nos conocen bien en Francia, y me alegro mucho; así sabrán lo acendradas que tenemos las creencias religiosas, y, que, antes de consentir que caiga sobre sacerdotes ni frailes la sombra de la más leve sospecha, preferimos, como Constantino cubrir con nuestro manto sus faltas y delitos.

Salvase su reputación, y perezca la inocencia de los niños.

*El Coriano*, simpático compañero que combate con grandes bríos la reacción clerical, dice:

«Los partidos conservador, liberal y republicano de Dos Hermanas, llevan en su frente un miserable *Invi*. El *Invi* de la sumisión y del homenaje al carlismo.

¿Qué vergüenza y que escándalo!

¿Qué clase de demócratas, qué clase de amantes de la libertad y del progreso serán los partidos de Dos Hermanas, cuando han consentido que se entronice la reacción clerical y chapista!»

¿Qué clase ha de ser, querido colega, que Clase inferior, con marchamo jesuítico; sacristanes con morrión ó gorro frigio; videntes y embusteros.

¡Y si sólo hubiera clase de esa en Dos Hermanas! Pero ¡ay! que abunda en todas partes, dando en todas asco y cubriéndonos de vergüenza.

## ENTRE OBREROS

Hace pocos números copié algunas de las caricaturas que los socialistas hacen a los anarquistas. Hoy copio parte de las que le devuelven éstos a aquéllos desde *El Suplemento de La Revista Blanca*.

Después de decirles que insertan en sus periódicos documentos policíacos, exclama:

«Les llamamos explotadores del obrero, auxiliares de la policía, y los jefes socialistas escriben un artículo en donde, sin nombrarnos, nos dicen que somos un atajo de cabezas destornilladas, que no sabemos crear, sino destruir».

Afirman luego que los jefes del partido socialista dicen que *La Revista Blanca* está subvencionada por el jesuitismo, y añaden:

«El malo, siempre piensa mal; el ruin, ruinemente, y el cobarde ve en los demás su cobardía. Si un periódico ácrata tiene vida holgada, lo paga el jesuitismo; si la tiene raquítica, es que los libertarios son cuatro pelagatos».

Siempre arrastrándose por el lodo; siempre tendidos sobre el fango de las miserias humanas, nunca se elevan por encima de lo miserable y ruin. Como no tienen sentimientos elevados, son incapaces para apreciarlos en los otros. El resplandor de la idea los deslumbra; la belleza moral de los demás los ciega, y sólo ven su propia sombra. Bien habló quien dijo que el mundo y los hombres son lo que es nuestra alma.

«Nosotros jesuitas!... Miserables, incapaces de comprender ningún sacrificio desinteresado, ningún entusiasmo noble. Hasta os falta el valor de escribir lo que pensáis de las personas; lo propagáis rastreramente, canallescamente».

Miserables quienes, no pudiendo vencer con la inteligencia, ni con la conducta, ni con el ideal, procuran hacerlo con la calumnia.

Desde este *Suplemento* se ha dicho que los jefes socialistas explotan a los obreros que constituyen la *Unión general de Trabajadores*, y se han presentado pruebas, las cuales, por cierto, no han sido rectificadas ni combatidas.

Vosotros, como los cobardes y los traído

res, desde la obscuridad intentáis arrebatarnos nuestra existencia moral, inapropiados como sois de apreciarla en lo que vale.

En un remitido que ha publicado *La Publicidad*, de Barcelona, contra *El Diluvio*, por haber escrito en demérito de los jefes del socialismo barcelonés, y que firman, entre otros, Toribio Reoyo y Carlos Daval, se lee: «Preferimos inclinarnos a esta suposición, aunque sea equivocada, antes que a la de que *El Diluvio* sirve de asilo a ciertos revolucionarios no desconocidos de las gentes de hábito de la calle de Caspe y de sucursal a un periódico madrileño».

Esta forma rastrea, traidora, es el eco inmundado del socialismo madrileño.

No nombran personas, ni citan periódicos, porque no tienen valor para ello: son cobardes todos los malvados.

Ese Reoyo, burgués socialista, que toma parte en Congresos que no son de su oficio, ni de su partido, intruso en todas las cuestiones societarias, director de *La Revista Fabril*, correspondiente en Barcelona de la *Trévia*, aspirante a montar el borrico del pueblo, explotador de obreros, podrá decir de nosotros que somos jesuitas, como lo dicen sus compañeros en jefatura. Para esto no se necesitan pruebas. No podrá llamarnos explotadores de los proletarios, porque nunca hemos cobrado un céntimo de las sociedades de resistencia, a pesar de que fuimos un año secretario de la *Comisión comarcal catalana*, una de las regiones adheridas a la *Federación Regional*, con más sociedades de las que hoy constituyen *La Unión general de trabajadores*, no podrá llamarnos borrachos, porque no bebemos; ni jugadores, porque no tenemos queridas; ni frecuentamos los burdeles; ni estafadores, porque a nadie hemos estafado; ni golfos, porque nuestras costumbres son intachables.

Miserables y miserables. El resplandor de la idea os deslumbra; la belleza moral de los demás os ciega, y no veis más que la negrura de vuestra propia sombra.

¿Con qué gusto trascibo esos párrafos, que evidencian la fraternidad que existe entre los futuros redentores de la humanidad!

De tal manera tratan ellos a los republicanos, que no deben extrañarse de que nosotros, aun simpatizando con muchas de sus ideas, contribuyamos a propagar la envidiable armonía en que viven.

Amor con amor se paga.

Leo en *El Balaarte* de Sevilla:

«Robo místico. Por los señores especuladores del Corazón de Jesús se andan rifando estampas en litografía, que las llevan a domicilio, singularmente por el barrio de Triana, en cuyas papeletas se ofrecen grandes premios en combinación con la próxima jugada de la Lotería Nacional.

La Lotería Nacional consta nada más que de treinta mil números, y los señores del Corazón de Jesús van ya por el 35.545.

Más bien dicho: habrán comenzado, indudablemente, desde el treinta mil en adelante para evitarse dar ningún premio.

La estafa es burda; pero como se hace entre gente que apenas sabe leer, ni está enterada de estos asuntos, los señores del Corazón de Jesús están realizando el gran negocio.

Si José María y Diego Corrientes hubieran tardado unos añitos en nacer, quizás, en vez de refugiarse en las sierras para desvalijar a los viajeros exponiéndose a recibir un balazo, se habrían parapetado en alguna iglesia, y ¡pum! ¡pum! ¡pum! disparo de medallas y estampas y papeletas de rifas sobre el creyente poco precavido.

A nuevos tiempos nuevas costumbres, y en el fondo todo lo mismo.

## Cosas Literarias y Artísticas

ESCRITORES AMERICANOS

DOCTOR DON POLICARPO BONILLA

Aún no hace muchos meses que la prensa americana de gran circulación y parte de la europea llenaba sus columnas de entusiastas elogios al doctor Bonilla por su entrañable patriotismo y su culto a los ideales de la democracia y la República; que en frases desbordantes de sinceridad lanzaba su nombre a todos los vientos, envuelto en resplandores; que reñebaba, con el colorido de la realidad extraordinaria y de lo anómalo y extraño, el hecho de que este hombre, entre los vórtices del pueblo y el regocijo estruendoso y las lágrimas de la gratitud, entregara a su sucesor, el general Terencio Sierra, la presidencia de la República de Honduras.

Hasta tal extremo es tradición execrable en las turbulencias demagógicas de allende los mares, que se traicionen los intereses sagrados de la patria, de la libertad y de la República. Hasta tal extremo que la entrega del poder lleve tras sí, como horrible cortejo, luchas cruentas, desola, ción, sangre, ruinas.

Porque lo cierto es, que se alardea mucho, en uno y otro continente, de amor y hasta veneración a todos los progresos; de respeto y sumisión a todos los derechos; de ser exactos y fieles cumplidores de todos los deberes, de no rehuir los sacrificios y buscar con cariño los peligros; pero la realidad, y realidad trágica, es que, ya por vicios ingenuos de la voluntad, ya porque las pasiones nos tiranizan y se nos enseñorean, el progreso, los clericales y el amor a los más sublimes ideales ruidan con harta frecuencia envueltos entre los escombros de la libertad. Y donde debieran encontrarse magistrados de recta conciencia se ven tan sólo autócratas; y donde debieran encontrarse ciudadanos se ven tan sólo esclavos de peor ley que los ilotas espartanos o los misérrimos de la aristocrática Atenas.

Cosa difícil es vivir la vida del hombre libre en las democracias; pero aún lo es, y mucho más, por los peligros que le acechan y los escollos espantosos que le rodean, ocupar el primer puesto entre los hombres libres y tener el acierto de armonizar los intereses de la propia conciencia con los intereses respetables del pueblo. Dejar el hacha del leñador para ascender a la suprema magistratura; abandonar los negocios mercantiles para lograr el poder; saltar por cima de los compañeros, y entre el estruendo de la lucha,

para alcanzar la representación del derecho, y concluir esta misión volver humilde y modesto a confundirse con las masas populares que le exaltarán, llevando como único premio a su trabajo la satisfacción del bien cumplido y el aplauso de cuantos le rodean, tan sólo es dable a quien en su conciencia amasó el culto a los eternos principios del bien y en su corazón sintió aletear los más levantados y generosos sentimientos.

Todo hombre lleva dentro de sí un tirano, y sólo es digno de vivir la vida de la democracia quien tiene fuerzas y energías suficientes para ahogarlos.

El doctor Bonilla, patriota, adorador ferviente de la democracia y entusiasta de la República, tuvo fuerzas para triunfar de las tiranías y de los monstruos que se arrastran en las sombras.

Su vida es una odisea para el entronizamiento de la libertad en Honduras.

Por el triunfo de ésta puso en juego su palabra y maneó la pluma y hasta empuñó las armas.

¡La palabra! Por ella el gran Mirabeau echó a rodar el feudalismo francés e hizo la gloriosa revolución; el inmortal Pitt aunó la voluntad de toda Europa y la puso frente a frente de la tiranía napoleónica; O'Connell hizo que el mundo entero sintiera piedad por la infeliz Irlanda; Gambetta consolidó la democracia; y el gran Castelar levantó millares de hombres que lucharon por la libertad.

¡La pluma! Su «Colección de Escritos», donde paso a paso puede seguirse la historia contemporánea de Honduras, testimonio la labor de este espíritu sinceramente democrático. Primero, lanzar la semilla; después, abonarla con el constante trabajo; por último, cosechar el fruto: tal es en síntesis cuanto ha hecho este hombre. Y esto, año tras año, en un pueblo habituado a la esclavitud, bien avenido con las tiranías y sin fuerzas para redimirse.

El único de los estudios que en su «Colección de escritos» trata cuestiones ajenas a las políticas, es su discurso de ingreso en la Academia; y hasta en éste, que versa sobre la mujer, vibran ideas y aspiraciones acreedoras al aplauso.

Lo que más los avalora, es su sentido práctico y su completo conocimiento de la realidad.

Enemigo de la hojarasca literaria, hermana la concisión con la sencillez; busca la más clara expresión y todo lo sacrifica a ésta.

De aquí el que en él se cumpla, como hombre de acción, lo que en tantos otros que registra la historia.

Bacón es superior a Cromwell; Rousseau a Robespierre; Kant a Bismarck; y, no obstante, ni Bacón, ni Kant, ni Rousseau transformaron en un instante la tierra y lanzaron a la humanidad a las más grandes revoluciones.

Así el doctor Bonilla, que encontrando un pueblo esclavo le hizo libre, que luchó por el triunfo de la luz, y que en su amor a la cultura y al progreso difundió la enseñanza y ofreció pasto sabroso a la vida intelectual y moral de sus compatriotas.

«Error de juicio es suponer que la elevación está simplemente en lo intelectual, cuando radica en otras y muy complejas cualidades. Los héroes de Carlyle, los hombres que con sus actos llenan la Historia, son, sin duda, de un barro que no es el común; pero su substancia no está hecha únicamente, ni siquiera con preferencia, de la que destila el saber de los libros».

¡Las armas! Fue el último recurso a que apeló para hacer triunfar la justicia. Y triunfó; que Dios ciñe los laureles de la victoria a cuantos luchan con toda su alma por el triunfo de la libertad. La esclavitud y la tiranía sólo alientan en pueblos degradados.

Y no satisfecho con el triunfo de la revolución, y siendo uno de sus más caros ideales la unión de los Estados centro-americanos, a su iniciativa generosa se debió el pacto de Amapala, roto y maltratado por bastardas y miserables ambiciones.

Y qué más? Completan el esbozo de este hombre ilustre, alejado del poder y por tanto no dispensador de mercedes, sus palabras en el acto de distribuir medallas de oro conmemorativas de excepcionales méritos.

«Por vuestros nobles esfuerzos y heroicos sacrificios, la soberanía del pueblo es la única que en Honduras existe: la libertad y el orden imperan: el progreso llama a sus puertas: sed consecuentes con vuestra propia obra y fieles custodios de la inapreciable conquista que para vuestra patria habéis hecho: enseñad a vuestros hijos a venerar la obra de la revolución, y habréis conseguido hacer imposible que un tirano vuelva a enseñorearse del poder y a hollar bajo sus plantas la bandera de la libertad».

Al entregar el poder, y ansiando nuevos horizontes para su patria, marchó a los Estados Unidos, y tras éstos a Francia y Alemania, en excursión de estudio que se traduce en bienes para el pueblo.

En vez del descanso egoísta, el trabajo que vivifica y enaltece. ¡Cuán hermosa es la libertad, y cuán llena de atracciones y cuán mágicas sus extraordinarias virtudes!

ENRIQUE ROGER

Ha desaparecido del colegio de los Padres Salesianos, dice un periódico de San Felipe de Guixols, un niño de 13 años, llamado José Alsina Net, natural de Calella. Como no se ha presentado en su casa, sus padres hacen público el hecho y dan las señas, por si alguien lo ha visto.

¿Por qué volvéis a la memoria mía, tristes recuerdos del día par Flaminio?

## QUE LO BUSQUEN

Valiente campaña la que está haciendo *El Clamor Zaragozano*, para impedir que quede impune el asesinato cometido por el secretario del cabildo, cura Sánchez, en el propio templo de La Seo, y en la persona de una prima suya a la que le unían lazos íntimos. Por esa campaña ha sufrido ya una denuncia, y está dispuesto a sufrir las que vengan.

En el número del 2 del actual, y en un artículo titulado: *Que se busque, no estará lejos*, apunta la idea de «que el cura asesino pudiera estar oculto en Zaragoza y en sitio... sagrado para los que no tienen la llave de la justicia para abrir puertas», añadiendo:

«Si hay que registrar por dentro la mitra de un obispo, se registra».

Pudiera servir de «cubilete» para un caso de prestidigitación ocultando a ese Manuel Sánchez.

Que se busque; no estará lejos».

Pues si por mí no llueve, que lo busquen.

¡Poquito que me gusta a mí ver un cura criminal entre las garras de la justicia!

Como que es la justificación de lo que vengo haciendo por moralizar al clero.

Por cierto que no resisto a la tentación de copiar esto que dice el mismo

periódico, a propósito de otro cura que hace algunos años cometió en aquella capital otro crimen:

«En compañía de dos sobrinas, guapas las dos, vivía un cura que se enamoró de ambas frenéticamente. La fiera quiso saciar sus carnales deseos, y una y otra resistieron valientemente la agresión. El cura, loco, sostuvo desesperada lucha, en la cual salió vencedor asesinando a las dos sobrinas, para irse después a cátedra, según costumbre».

Antes de comenzar el sacrificio de la misa, cuentan los que recuerdan el hecho, que decía el venerable, como medio de preparar la coartada: «No sé por qué me da el corazón de que en mi casa ha ocurrido alguna desgracia».

Efectivamente; cuando acudió a su domicilio se asomó a los balcones reclamando auxilio, diciéndole que a sus sobrinas las habían asesinado.

Subió la gente, llegaron los vecinos, entró en funciones la justicia, y unos y otros no se equivocaron señalando como autor al cura sacrilego y tío de las dos víctimas.

Zaragoza entera pidió justicia, y éste se hubiera cumplido en terrible fallo, a no ser por muerte prematura e inesperada del malvado asesino, con lo cual se evitó algo que no hubiera sido muy edificante para la gente de sotana».

Hoy como ayer, Zaragoza reclama justicia y se subleva ante la idea de que este crimen pueda quedar impune. Hoy como ayer, se comete un delito horrible por idénticas causas y los autores celebran el sacrificio de la misa.

¿Cómo quieren después que el pueblo, que no razona, pero que siente hondo, crea de buena fe en sus doctrinas, cuando son ellos los primeros que faltan en ese solemne acto?».

Esto de celebrar misa después de cometer un asesinato, es muy frecuente. El que convirtió en cadáver a su padre en el Castillo de Locubín, el que despatchó a Raimunda, ese que eliminó las dos sobrinas... todos dijeron misa a raíz de actos tan piadosos: casi parece ese final obligado.

Y me asalta una duda: ¿Baja Cristo a las manos de criminales de ese jaez? Si no baja, nada se me ocurre objetar. Pero si baja... Si baja, tampoco. Siempre que pienso en estas cosas me hago un lío. Así, lo mejor es pasar a otro asunto.

## ¿Qué es el modernismo?

¡El modernismo! He ahí una palabreja, importada por no sé quién para calificar una tendencia literaria, que en España no tiene realidad.

Y don Juan Valera contestando a Picón en la Academia, y Clarín—el inevitable Clarín—en sus paliques, y Nogales—el desgraciado Nogales—en unas cartas publicadas no sé dónde, y todos los literatos que empezaron... servilmente, adulando a prosistas casados y a poetas viudos, lanzan sus envenenados escritos contra una hipótesis, y no se desdiseñan de parodiarse a Zeus, que, como ustedes sabrán, cuando no podía lanzar rayos, lanzaba carcajadas homéricas.

¿Existe el modernismo? En España, no. En Francia y otras naciones es discutible.

Modernismo! Claro que esencialmente y ateniéndonos a la letra, yo soy modernista con respecto al Dante o con respecto al mismo Hugo. Y ateniéndonos al espíritu, sería necesario escribir un tomo de 300 páginas en octavo francés para lograr entendernos y explicarnos. Generosamente renunciemos a esa determinación, porque no habría editor capaz de embarcarse para el *Idéal* en un cascarón de nuez. A lo que no renunciemos es a hacer ligeras consideraciones sobre tan decantado asunto.

Aquí dimos a las palabras *modernistas*, *decadentistas* y *estetas* pecaminosas interpretaciones. Aquí calumniamos en nombre de esas palabras a gentes que demostraron su virilidad de inequívoca manera.

Paul Adam y Octavio Mirbeau, Pierre Louys y Gabriel D'Annunzio como novelistas, Spitz y Nietzsche como filósofos, Verlaine y Mallarmé como poetas, son los genuinos representantes del modernismo contemporáneo—perdón por la redundancia; ya me explicaré.—Pues bien; sin creeros invariables, ni mucho menos indiscutibles, los cotejo con cualquiera de los eternos e implacables clásicos. Eso de pretender que escribamos como el arcipreste de Hita o como Malon de Chalde creó sinceramente que es una de tantas majaderías. Roerle los zancajos a Quintana o a Pacheco es misera aspiración...

No sería malo escribir un ingenioso hilado capaz de ser comparado con el del inmortal Cervantes, o un drama capaz de sobrepasar a cualquiera de los que el Señor Lope de Vega o don Pedro Calderón escribieron; pero en definitiva no son de despreciar los estacionales sueños del caballero D'Annunzio, las novelas del gran Pérez Galdós, y el teatro de Jacinto Benavente. ¡Lo tradicional! ¡Santas y venerables tradiciones! En nombre de ellas perdieron Cuba, Filipinas, Puerto Rico y la vergüenza, de la que a decir verdad no andábamos muy sobrados. Evocando el Guadalete y las Navas de Tolosa fuimos a la más ignominiosa de las derrotas. Buen filón, explotado por todos los oradores malos y por todos los escritores pésimos.

—Haga usted el artículo de fondo—decía el director del periódico al señor Martínez.—Y al señor Martínez no se le ocurría otra cosa mejor que despojar la Historia de España de Moreno Espinosa; artifi-

lo hecho, con letra del nueve, columna y media.

Dije antes *modernismo contemporáneo*, porque, según las entendaderas de los señores que *anatematizan*, Anacreonte, Safo y Lucrecio, si alguien fuera capaz de resucitarlos artísticamente, resultarían más modernistas que todos los ya citados.

Lo que sucede es que en España no hay posibilidad de hacer creer a las gentes que Pérez Nieva, Ortega y Fria y Pando y Valle son como literatos unos brutos. No me gusta insultar a nadie, pero a estos tres tenía hambre de hacerlos.

Esas casitas blancas como palomas, esas fábricas en que los obreros hormiguean, esos mares procelosos, esas cosas negras como el carbón, esas ¡ah! se me ocurrió una idea, de los juguetes cómicos, y todos esos cuentecitos y novelitas terminados en punta como los sables, están ya mandados recoger, y si en eso consiste el no ser modernista, juzgo que es más que honroso pertenecer a tan sagrada cofradía.

Con propósito deliberado cité al señor Nogales;

afición demolera

que ha iniciado en EL MOTIN el periodista Cuntora.

Pues ese señor Nogales resulta que se lo ha creído, porque en *El Liberal* le premia un cuento que valía muy poca cosa, pero que estaba aderezado con malicia y con facultades y con conocimiento de los que formaban el jurado. No faltaba en él nada de lo que un patrioterito puede exigir, aunque faltaba mucho de la buena literatura pedida en el certamen. Aquello trascendía a *Marcha de Cádiz*, y no obstante estar ésta olvidada, parece que a los señores les gustó. Además, detalle importantísimo; no había tampoco nada contra la moral. El asunto serio que puede verse en un libro del conde de Lucanor, y Condillac tiene una parábola parecida a esa *conseja* que el señor Nogales desarrolló en su cuento.

Los jueces de la contienda pusieron de acuerdo al dictar el veredicto inicuo. Aquello sabía a rino rancio, clásico, al vino que beben ellos. Pero yo bien creo que al público le hubiese sabido mejor el peleón de Arganda o el celebrado Valdapeñas, suministrado por cualquiera de los muchos que al concurso fueron.

Dejemos al señor Nogales, que por otra parte ha de pagar pronto su fatuidad por aquello de que

«las torres que desprecio, al aire fueron a su gran pesadumbre se rindieron» y si las torres se rinden, ¿qué harán los campanarios de espadana?

Y del modernismo ¿qué? Pues del modernismo y de sus corifeos nada, absolutamente nada. Gentes que intentan divorciarse de la tradición, ilusos, utopistas, soñadores.

Vaya usted a hacer creer aquí que Pablo Adam, modernista y anarquista, como que ha hecho el elogio de Ravachol, cobra en *Le Journal*, un periódico de gran circulación, 25.000 francos anuales. Vaya usted a convencer a esta tierra clásica de que *The Studio*, el *Mercury de France* y *Emporium*—no cito más, aunque fácilmente lo pudiera hacer por tener a mi disposición un catálogo de revistas—están mejor tirados que *La Lectura Dominical* y *El Orbe Católico*.

Para otra vez ya lo saben los que pretenden traernos las gallinas literarias: encomiéndose a la Beata Margarita de Alacoque y reinan en España especialmente...

PEDRO GONZÁLEZ BLANCO

## FIGURINES LITERARIOS

Uno de los caracteres de nuestra época es la rápida digestión de los ideales. Hay en la atmósfera moral de este fin de siglo un fermento tan enérgico de descomposición, que las ideas, las utopías, las fórmulas metafísicas desaparecen y se digieren con rapidísima inversibilidad.

El arte pierle su rumbo, y desorientado como una brújula sin imán, se mueve con una actividad loca, como el enfermo intranquilo busca y no encuentra una postura que le suministre el reposo.

Hay un sin fin de tendencias y de corrientes artísticas. El arte y la literatura varían como la moda. Seguir la moda en el traje, es ser elegante; seguirla en literatura, es ser modernista.

El modernista, el adorador de lo nuevo sólo porque es nuevo, no encuentra, como el elegante, una sola moda que adoptar, sino muchas en el mismo momento, y, para seguirlas todas a un tiempo, ha aceptado una palabra, la vez inglesa *snoob*, que le permite, en literatura por ejemplo, ser simbolista con Ibsen, socialista místico con Tolstói, humilde con Maeterlinck, decadente con Wilde, luciferiano con Huysmans, irónico con Lavedan y egotista con Nietzsche.

*Snoob*, en su acepción antigua dada por Thackeray, significa algo como pedante, afectado, dilettanti sin gusto artístico; pero el uso ha hecho variar de tal modo el sentido de la palabra, que actualmente decir de uno que es un *snoob*, casi más bien es una alabanza que un dictamen.

Ser *snoob*, es ser amigo de lo extravagante y de lo extraño, un poco por afición y un mucho por distinguirse del común de los mortales. El simbolismo, el boticellismo, las ciencias ocultas, la magia negra... han sido y siguen siendo el caballo de batalla de los *snoobs*.

En España el *snoobismo* no está todavía desarrollado, pero lo estará dentro de poco, gracias al trabajo de algunas buenas almas que se encargan de ilustrarnos contándonos las últimas tonterías abracadabrantes de París y la vida y milagros de todos los rates, más o menos geniales, que pululan en las tabernas de Montmartre.

Con el *snoobismo* tendremos también el *smartismo*, que representa la tendencia individual en el traje, opuesta a la socialista de la moda.

Los caracteres más salientes del *snoob* son la intransigencia y el egotismo; Ruskin, el maestro de la estética moderna, es un intransigente siguiendo a ese gran didáctico; el *snoob* no admite términos medios: si Botticelli es bueno, Velázquez tiene que ser malo; si Wagner es un genio, Rossini tiene que ser un imbécil. De este criterio

tan absoluto nace ese culto por el yo, que actualmente llaman egotismo.

Una de los tipos del *snoob*, el más clásico, es el decadente. No es decadente todo el que se lo propone. Primeramente se necesita tener pelo, porque es casi indispensable una larga y sedosa melena; además exige esa postura una sonrisa sardónica y una mirada impasible. Con hablar poco, pausado y sin acento, mezclar en la conversación el arte japonés, Annunzio, las damas del renacimiento, Botticelli, las catedrales bizantinas, Leonardo, los placeres satánicos y las voluptuosidades macabras se puede sentar plaza de decadente. Unos cuantos artículos o narraciones hechos con escuadra, plomada, compás y otros instrumentos por el estilo, forman el lastre necesario para que el decadente pueda navegar por los mares literarios.

El más importante después de éste es el *snoob* simbolista, entusiasta de Ibsen, y sobre todo, de Mallarmé. El simbolista se dedica a la poesía en prosa o en verso, y tiene una ventaja sobre los demás poetas: que lo mismo le da decir una idea que no decir nada. Reune una colección de palabras bonitas y quiere convencer de que expresan mucho; uno de ellos invitaba a un amigo a profundizar esta frase suya:

«En las auroras blancas, las arpas doradas de los espíritus divinos y de las almas celestiales, gemían bajo el peso de los grandes pensamientos de la sombra».

El simbolista, como el decadente, suele dar tres, y hasta cuatro golpes de adjetivo. Si habla del sol, dice todo seguido: radiante, brillante, resplandeciente, escintillante... El simbolista tiene en vez de cerebro un aparato productor de adjetivos.

Tras del *snoob* simbolista viene en importancia el irónico, el discípulo de Lavedan y Donnay; la ironía siempre en los labios, como don Félix de Montemar, y el látigo siempre en la mano... fustigando a la sociedad implacablemente, diciendo crudezas a todo el mundo con la sonrisa sardónica *estercotigada* en el rostro, como un personaje de Molière.

Otro caso de *snoobismo* curioso es el del fuerte, el que se alimenta con la filosofía de Nietzsche, que no es más que el detritus de la filosofía de Schopenhauer. El fuerte no tiene más moral que su yo; es un carnívoro voluptuoso que vaga libremente; pero a pesar de su ferocidad pensada es un pobre hombre. Le pasa al fuerte como a esos maridos que se la echan de terribles fuera de casa, y en ella su mujer les hace guisar y hasta hacer las camas.

Como contraste con el fuerte, está el *snoob* piadoso y el humilde. El piadoso imita la postura de Tolstói; la piedad es su manía, una piedad puramente intelectual que no llega a manifestarse nunca exteriormente. Se piedad desaparece desde que deja de escribir ó de hablar.

El *snoob* humilde tiene mucho parecido con el anterior. Su humildad corre parejas con la piedad del otro; es una postura humilde que disfraza bastante mal la soberbia y la vanidad. El humilde es algo místico y algo anarquista: Maeterlinck es su jefe. Su preocupación es aparecer como un mendigo, como un vagabundo, como uno de esos errantes que recorren las carreteras.

Respecto a los modernistas en pintura, a los que visten el último figurín en este arte, hay que convenir en que son algo más modestos, más artistas y menos presumidos que los literatos. Se contentan con pedir el agua de añañ a la lavandera para bañar sus cuadros y que les digan que pintan bien. En cambio, los *snoobs* de la literatura no quedan satisfechos mientras no se les llame genios, lumbreras ó cosa por el estilo. Son los más insupportables poseurs de este mundo, el más insupportable de todos los mundos.

PILO BARROJA

## El retorno de Mollina

Los antiguos lectores de *El Motín* recordarán a un célebre padre Mollina, que deshacía á coces los pulpitos de Madrid, pero que encontraba por eso mismo quien fuese á oírlo.

Tales herejías y tamaños dislates lanzaba el ignorante y embaucador tipejo expulsado de los Capuchinos, que el obispo Sancha lo echó de Madrid, desde donde creo que pasó al extranjero.

Ahora, al enterarse de que están en auge los saltimbanquis místicos, ha vuelto a España, y anda por las provincias gallegas disponiéndose a recorrer todas las del Norte antes de venir a Madrid.

Un escritor que lo conoce muy bien, y que le zurró mejor cuando antaño por aquí anduvo, le larga esta andanada:

«Ojo con él, que es de cuidado; mano a la bolsa; quítale de su vista las chicas guapas; téganle cuidado las viudas ricas; no se desquiden los curas, pues los dejará en blanco; y sepan los obispos que ese exfraile es un embustero parecido a la iluminada de Lorquí, pero más listo; hagan escuchar sus sermones por buenos teólogos y ya saldrán las herejías y desatinos a carros; obsérvenle y verán su juego de embaucador peligroso. Ojo, mucho ojo con ese bigardón acanallado y farsante».

Quizás no venga a Madrid; pero si viene, ya le zurraremos de lo lindo, pues aquí le conocemos hace muchos años, sabemos su historia, y sin piedad caeremos sobre él hasta desenmascararlo, si el obispo de Madrid fuera menos celoso y menos hábil que Sancha para impedir que volviera ese miserable a manchar los pulpitos y los confesonarios de la corte».

Creo que, después de este cariñoso aviso, el Mollina no asomará por aquí la geta. Pero no sé qué es peor. Aquí encontrarían correctivo sus burradas y sus sandeces, mientras que, por esos pueblos, completamente suelto y sin temor a los palos...

Casi estoy por suplicarle que venga.

## UN RECURSO DE ALZADA IMPROCEDENTE

Rayo en insensatez la oficiosidad, ignorancia ó malicia de algunas Juntas locales de Instrucción pública, y salvo raras pero honrosas excepciones, son el mayor enemigo de la enseñanza y de los maestros.

\_\_\_\_\_